

The Border of Lights Reader

Paulino, Edward, Myers, Megan Jeanette

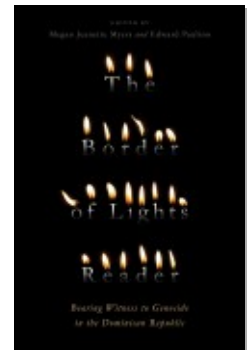
Published by Amherst College Press

Paulino, Edward and Megan Jeanette Myers.

The Border of Lights Reader: Bearing Witness to Genocide in the Dominican Republic.

Amherst College Press, 2021.

Project MUSE. doi:10.1353/book.97422.



➔ For additional information about this book

<https://muse.jhu.edu/book/97422>

🔗 For content related to this chapter

https://muse.jhu.edu/related_content?type=book&id=3009653

Construir memoria, hacer pedagogía del futuro

Una apuesta por la emancipación en el mismo trayecto del sol¹

Matías Bosch Carcuro

UNA ISLA ENTRE LA SOLIDARIDAD Y LA IDEOLOGÍA DEL ODIO

El pueblo dominicano y el pueblo haitiano comparten lazos de perenne y resistente solidaridad. Aunque la independencia de 1844 con que fue creada la República Dominicana se hizo en separación y guerra contra el poder haitiano, ello no limitó ni antes ni después ese vínculo profundo.

La isla entera, conquistada por el naciente imperialismo de España en 1492, sufrió los embates del colonialismo. Los cacicazgos—disposiciones territoriales de la sociedad taína que abarcaban a toda la isla—enfrentaron la violencia conquistadora, padeciendo sus consecuencias.

Al respecto relató Bartolomé de las Casas²:

(. . .) Los cristianos, con sus caballos y espadas y lanzas comienzan a hacer matanzas y crueldades extrañas en ellos. Entraban en los pueblos ni dejaban niños, ni viejos ni mujeres preñadas ni paridas que no desbarrigaban y hacían pedazos, como si dieran en unos corderos metidos en sus apriscos. Hacían apuestas sobre quién de una cuchillada abría el hombre por medio o le cortaba la cabeza de un piquete o le descubría las entrañas. Tomaban las criaturas de las tetas de las madres por las piernas y daban de cabeza con ellas en las peñas. Otros daban con ellas en ríos por las espaldas riendo y burlando, y cayendo en el agua decían: “¿Bullís, cuerpo de tal?”. Otras criaturas metían a espada con las madres juntamente y todos cuantos delante de sí hallaban. Hacían unas horcas largas que juntasen casi los pies a la tierra, y de trece en trece, a honor y reverencia de nuestro Redentor y de los doce apóstoles, poniéndoles leña y fuego los quemaban vivos. Otros ataban o liaban todo el cuerpo de paja seca; pegándoles fuego así los quemaban. Otros, y todos los que querían tomar a vida, cortábanles ambas manos y dellas llevaban colgando, y decíanles: “Andad con cartas,” conviene a saber: “Llevá las nuevas a las gentes que estaban huidas por los montes”.

Comúnmente mataban a los señores y nobles desta manera: que hacían unas parrillas de varas sobre horquetas y atábanlos en ellas y poníanles por debajo fuego manso, para que poco a poco, dando alaridos, en aquellos tormentos desesperados se les salían las ánimas. Una vez vide que teniendo en las parrillas quemándose cuatro o cinco principales señores (y aun pienso que había dos o tres pares de parrillas donde quemaban otros) y porque daban muy grandes gritos y daban pena al capitán o le impedían el sueño, mandó que los ahogasen, y el alguacil, que era peor que verdugo, que los quemaba (y sé cómo se llamaba y aun sus parientes conocí en Sevilla) no quiso ahogarlos, antes les metió con sus manos palos en las bocas para que no sonasen, y atizóles el fuego hasta que se asaron de espacio como él quería.

Yo vide todas las cosas arriba dichas y muchas otras infinitas, y porque toda la gente que huir podía se encerraba en los montes y subía a las sierras huyendo de hombres tan inhumanos, tan sin piedad y tan feroces bestias, extirpadores y capitales enemigos del linaje humano, enseñaron y amaestraron lebreles, perros bravísimos que en viendo un indio lo hacían pedazos en un credo, y mejor arremetían a él y lo comían que si fuera un puerco. Estos perros hicieron grandes estragos y carnicerías. Y porque algunas veces, raras y pocas, mataban los indios algunos cristianos con justa razón y santa justicia, hicieron ley entre sí que por un cristiano que los indios matasen habían los cristianos de matar cien indios.

La Isla de La Española (Hispaniola) era entonces parte de la frontera imperial española. Los esclavos traídos desde África—una vez exterminados los pueblos originarios—emprenderían sublevaciones muy pronto, en el siglo XVI. En la región de la isla que hoy es República Dominicana ocurrió la primera rebelión, a punto de cumplir 500 años de realizada.

También establecerían *manieles*, comunidades de esclavos que se liberaban y apartaban del dominio conquistador, estableciendo sociedades autónomas y autorreguladas. En 1697, con la negociación mediante la cual España cedió la parte oeste de la isla a Francia, empieza el trazado de nuevas fronteras a lo interno de la isla, con sus determinaciones económicas, lingüísticas, raciales y políticas.

La República de Haití, independiente desde 1804, empezó a gobernar en toda la Isla en 1822. Antes, el lado este, que había estado en poder de España y de Francia, se había independizado a fines de 1821 y se autodenominó Estado del Haití Español, y luego buscó afiliarse a la Gran Colombia impulsada por Simón Bolívar. No hubo consenso en qué tipo de independencia y en relación con qué bloque establecerla. En 1822 se izó la bandera haitiana e inició el gobierno de Boyer en toda la isla.

El régimen de Boyer, que llevó la abolición de la esclavitud a todo el territorio isleño, fue derivando en el abuso del poder tanto en el Oeste como en el Este, combinado con su colapso económico. La declaración de independencia dominicana y lo que se conoce como la guerra dominico-haitiana, llevada a cabo en cuatro campañas entre 1844 y 1856, en realidad no fue una guerra entre pueblos, sino entre caudillos y ejércitos. Incluso no hubo enfrentamientos violentos hasta entrado el mes de marzo de 1844.

El historiador dominicano Franklin Franco explicó que era imposible que el ejército

dominicano, recién constituido, derrotara con tanta ventaja al ejército haitiano en las primeras batallas de 1844, dado que este era más numeroso, mejor entrenado y armado. La explicación, para Franco, reside en que la soldadesca haitiana no tenía convicción ni voluntad para hacer esa guerra, hastiados de los abusos del régimen de Boyer, y que fueron arrastrados simplemente por sus jefes y los intereses de estos. Los dominicanos, por su lado, estaban motivados por el objetivo de la independencia (Franco). Ya un año antes, en 1843, el presidente Boyer había sido derrocado en la sublevación del Sur de Haití: el rechazo al régimen imperante atravesaba toda la isla.

En Haití Boyer fue derrocado; Juan Pablo Duarte y los independistas dominicanos impulsaron de manera definitiva la independencia dominicana, que más tarde quedaría tensionada por las visiones contradictorias de caudillos, intereses y potencias extranjeras. Los tres Padres de la Patria dominicana serían víctimas de esas pugnas: Duarte sería condenado al destierro, Sánchez sería fusilado y Mella moriría en plena guerra de la Restauración, mientras Bobadilla y luego Santana y Báez administraban el poder y el país sería anexado a España. A su vez, Estados Unidos desplegaba sus intereses en ambos lados de la isla (Price Mars).

Mientras tanto, se desarrollaba lo que según Moya Pons podría llamarse un “antihaitianismo histórico,” que luego mutaría a un “antihaitianismo de Estado” (Moya Pons).

El primero, según Moya Pons, surge y se sostiene con la evolución real de las dos naciones, empezando con “las malas relaciones que sostenían franceses y españoles en el siglo 18 en la isla de Santo Domingo”. Con la guerra de Independencia, que abarca más de una década de sucesión de conflictos bélicos, aparece el antihaitianismo de Estado, ya que

el Estado dominicano hace uso de la memoria colectiva, de los temores de la guerra y de los horrores de las invasiones de principios de siglo, y convierte esa memoria en material de propaganda de guerra para sostener vivo el espíritu bélico dominicano que lucha por su independencia.

Pero, como advertiría el poeta nacional e historiador dominicano Pedro Mir, el verdadero problema puede estar en otro lado, especialmente en los intereses de quienes, luego de las independencias, tomaron el poder y, en el caso de la República Dominicana, mientras se presentaban como nacionalistas y antihaitianos perseguían la anexión del país a España o a Estados Unidos:

Las luchas contra Haití representaron un doble papel: al mismo tiempo que frustraban o entorpecían las tentativas anexionistas, servían a la acción anexionista dominicana como bandera para reclamar ardientemente la injerencia extranjera, en base a una supuesta incapacidad del pueblo dominicano para sostener su soberanía, a pesar de las reiteradas y concluyentes victorias militares contra las huestes haitianas.

Más tarde, Haití, el primer país independiente de América y la primera república negra del mundo, ayudaría a los dominicanos en su lucha por la Restauración de la independencia ante España y contra la tiranía de Pedro Santana entre 1861 y 1865. El presidente

Geffrard ofreció colaboración, y allí encontraron acogida tanto Gregorio Luperón como Francisco del Rosario Sánchez (Paraison).

Los guerrilleros y luchadores nacionalistas contra la primera ocupación norteamericana (entre 1915 y 1934 en Haití y entre 1916 y 1925 en la República Dominicana) colaborarían entre uno y otro lado de la frontera. El héroe internacionalista dominicano Gregorio Urbano Gilbert intentaría unirse a los combatientes haitianos *cacos* en 1915, y luego se destacaría enfrentando a los invasores norteamericanos en su ciudad de San Pedro de Macorís el 10 de diciembre de 1916 (McPherson).

En 1947, el gobierno haitiano ayudó con dinero y equipos al proyecto armado del exilio antitrujillista que saldría de Cayo Confites, en Cuba. En 1965, cuando Estados Unidos volvió a invadir a Santo Domingo, combatientes haitianos tuvieron una valiosa participación y aportaron varios mártires caídos en suelo dominicano, recordándose a Jacques Viau Renaud como poeta y defensor de la soberanía dominicana, junto a Lionel Vieux, Jean Sateur, entre otros, destacándose en la armería de la Revolución constitucionalista, el comando B3 (*El Día*) y la Operación Lazo de rescate del Palacio Nacional el 19 de mayo de 1965.

Más tarde, en 2010, al ocurrir el terremoto devastador en Haití, la ayuda dominicana fue la primera en llegar. En un conmovedor mar de solidaridad, miles de dominicanos se movilizaron a través de la frontera para asistir a las víctimas, y la República Dominicana fue el primer y más grande centro de acogida de los desplazados. El presidente haitiano, René Préval, en aquel trágico momento declaró:

El presidente dominicano, Leonel Fernández, ha sido el primero en presentarse y llegó con un gran contingente de apoyo. Además de la importante cooperación humanitaria, se comprometió a ayudarnos en lo que ahora constituye una de nuestras prioridades que es reestablecer las telecomunicaciones, la energía eléctrica y la comunicación terrestre. Gracias a los esfuerzos del gobierno dominicano hemos comenzado a reestablecer estos servicios. (*Diario Libre*)

Pero el odio, el miedo y la sospecha entre ambas sociedades han sido cultivados al punto de haber sido convertidos en una doctrina, de la cual se nutre un rentable negocio de las élites políticas, mediáticas y económicas, muchas veces indistinguibles una de otra, como suele pasar en las sociedades dependientes y subordinadas, con oligarquías pequeñas y estrechamente fusionadas y supeditadas históricamente a las potencias.

Del lado este (República Dominicana) ese odio tiene un punto de origen histórico y también una clara naturaleza ideológica. Sobre el particular, resulta esclarecedor el informe que en 1931 redactó Francisco Henríquez y Carvajal, ministro de Trujillo en Haití, dirigido a la cancillería dominicana. Rafael Leónidas Trujillo, militar entrenado por EE. UU. y jefe de la guardia creada en la ocupación, iniciaba entonces una larga tiranía sanguinaria de 30 años. Dice Henríquez y Carvajal:

Lo que precipitó sobre nuestro país la gran masa de inmigrantes haitianos fue la realización parcial del postulado financiero que sirvió de base económica a la ocupación

del territorio de la República Dominicana por las fuerzas navales norteamericanas. Ese postulado, no publicado, pero sí perfectamente conocido, fue: “tierras baratas en Santo Domingo, mano de obra barata en Haití”. Y la conclusión: adquirir las tierras en Santo Domingo y trasegar hacia nuestro país la población de Haití. Ese plan empezó a ejecutarse, por un lado, con la fundación del gran central “Barahona,” y por otro, con la construcción de la Carretera Central; derramándose luego por todo el país agrícola, y en todos los oficios urbanos, la gran inmigración haitiana . . .

Pocos años después, el antihaitianismo de Estado, según Moya Pons, resurgiría con la masacre de 1937, y

a partir de este momento, el Estado recoge todos los contenidos del antihaitianismo histórico y los convierte en el material fundamental de la propaganda antihaitiana. Se elaboran entonces nuevas doctrinas antihaitianas, y el Estado trujillista convierte el antihaitianismo en un elemento consustancial a la misma interpretación oficial de la historia dominicana.

Explicaciones como las que ofreció Pedro Mir develan algo muy importante: la doctrina del miedo y el odio a Haití encubre y sirve como elemento de alienación del pueblo dominicano de su propia condición y sus luchas históricas; de distracción ante la verdadera agenda de intereses y propósitos de la élite que condujo política y económicamente al país al poco tiempo de conseguida la independencia, y en distintas coyunturas históricas posteriores. Permite por tanto adentrarse en el armazón y la esencia de la anatematización y estigmatización antihaitiana producidas por las élites.

Para ejemplificar lo anterior, respecto de los problemas fronterizos, diría Franklin Franco:

Tanto en la República Dominicana como en Haití, el conflicto fronterizo dominico-haitiano fue manejado de manera sutil y perversa por los intelectuales antinacionales de ambas repúblicas.

Cada vez que ocurría un incidente (. . .) a sus pueblos les transmitían la alarmante idea de que ello conformaba parte de todo un plan de invasión, ya de parte de los dominicanos hacia Haití o viceversa.

La reiteración de esta imagen malvada cuidadosamente manejada por los ideólogos conservadores haitianos y dominicanos, ha hecho un daño terrible a las relaciones dominico-haitianas, pues este estereotipo (el de las invasiones) fue transmitido constante y sistemáticamente durante más de años a dos pueblos compuestos por analfabetos, más de un 85 por ciento en ambos casos.

(. . .) Ni el pueblo haitiano ni el pueblo dominicano tuvieron nada que ver en ello; aquel fue un conflicto entre terratenientes grandes, medianos y pequeños, haitianos y dominicanos (. . .) quienes por décadas se disputaron, pulgada a pulgada, las tierras de la zona fronteriza.

LA MEMORIA COMO EJERCICIO NECESARIO

Septiembre de 2019. En dos lugares del mundo se prenden velas, tal vez en algunas casas, tal vez en espacios públicos. En Nueva York y en Santiago de Chile, la fecha se conmemora con el dolor de quienes vieron y recuerdan la aparición de lo más bestial de nuestras posibilidades como especie y de nuestra vida en sociedad.

En Nueva York se conmemora la muerte de miles de personas bajo un ataque terrorista que conmocionó a la Humanidad en 2001. Un ataque cuyos orígenes y propósitos todavía hoy se desconocen en buena medida, y que hizo estremecer de terror a Estados Unidos y, a través de los medios de comunicación de masas, expandir el pavor al mundo entero.

Ese terror fue inteligentemente utilizado por el aparato neoconservador para disciplinar el mundo, justificar y avalar guerras e invasiones, y el reordenamiento del poder de la administración Bush en su país y a escala internacional. El gran negocio empresarial-pentagonista, y la apropiación de riquezas extranjeras, cobró fuerza arrolladora de un solo golpe en la dirección política.

Hoy, bajo otros signos y etiquetas, como la defensa de la industria nacional, la seguridad interna o los recursos y servicios, se emprende una ofensiva en Estados Unidos que tiene como blanco a los migrantes, la escalada sobre Venezuela y Cuba, y la guerra simbólica con China. Momentos distintos en la lucha de clases que suelen tener expresión en la disputa política y, por tanto, en la disputa de sentido.

En Chile, las velas se encienden por el golpe de Estado efectuado hace 46 años. En ese acontecimiento, militares sediciosos, captados hábilmente desde el centro del poder norteamericano—el mismo que usó el terror del 11 de septiembre de 2001—bombardearon el palacio de gobierno, cayendo en combate el presidente Salvador Allende, e iniciando una ola de matanzas de dirigentes, artistas, activistas, militantes políticos; invadiendo barrios y poblaciones; deportando y desterrando; y plagando el país de campos de concentración, cárceles y centros de aniquilamiento.

Fue el proceso de disciplinamiento social. Luego, una casta civil se insertó en la estructura del gobierno golpista y paso a paso fue instaurando un orden económico y social neoliberal, bajo la égida doctrinal de la Escuela de Chicago, entregando las riquezas del país, privatizando y mercantilizando todos los bienes fundamentales, y convirtiendo la política sencillamente en imposible: la administración del Estado despojada de toda deliberación, puro carácter autoritario y cupular. Todo bien colectivo y derecho fue convertido en actividad mercantil y financiera para la acumulación de capital.

El diseño constitucional—fraudulentamente establecido—y el pacto que se fue ejecutando en la llamada “transición a la democracia” fue hábilmente pensado para que esa política se prolongara bajo la vestidura democrática: nada de lo realmente importante podría ser removido ni cambiado. *Gatopardismo* con rostro humano y progresista. La hegemonía plena del capital.

Ya Julio Anguita, extinto dirigente político de España, caracterizó al hoy gobernante Partido Socialista Obrero Español (PSOE)—fruto de la deriva socialdemócrata neoliberal y el eurocomunismo—como el brazo progresista o “columna izquierda” de la restauración capitalista, monárquica y consecuentemente neoliberal, post Franco. Y ha dicho que en

España existía un franquismo sin Franco; el “Caudillo” le puso nombre, rostro y cuerpo a ese espíritu, que entró en el momento clave en que se podía definir el rumbo revolucionario o reaccionario de aquel país en los años treinta (Anguita).

En Chile, el Partido Socialista aliado a los demás partidos de la llamada “Concertación Democrática,” el mismo partido del presidente mártir Salvador Allende, fue pieza en el aparato partidario “progresista” y “políticamente correcto” para darle continuidad a la restauración de las oligarquías y el imperialismo en Chile, con ideología neoliberal y Estado residual-subsidiario.

El golpe de Estado—como dijo Julio Anguita para el caso español—y la transición “democrática,” con su democracia “de mínimos,” fue realmente la restauración del orden social que estuvo amenazado por la Unidad Popular, el gobierno de Allende y por la organización-movilización del pueblo.

Las elecciones se volvieron un fraude legalizado bajo la regla del “sistema binominal” que calculadamente provocaba el empate entre derechas y centroizquierda, y garantizaba la continuidad neoliberal, ya como neoliberalismo progresista, tolerante y prometiendo la “igualdad de oportunidades,” *cualquerizando* el concepto de la igualdad en clave capitalista: la vida como carrera en la que competimos y nos “rascamos con nuestras propias uñas,” suerte de cada quién el resultado final. Cualquiera que representara una contraposición o antagonismo relevante fue eliminado, sacado del juego o cooptado.

Tal como en otros casos, incluido el español, el “retorno de la derecha” fue y ha sido el gran ogro o fantasma de los cuentos infantiles, para que el juego electoral pareciera siempre una ocasión de salvación nacional, el llamado “voto útil” que cíclicamente se presta a “no abrir la puerta al monstruo” o las “ultraderechas,” mientras se hace “justicia en la medida de lo posible” y las reivindicaciones y agendas se reducen a la búsqueda de la “equidad” (atenuar, compadeciéndose, el dolor ajeno).

Los efectos nocivos de esta democracia viciada y vaciada, de “modernización” institucional y material mediante el fortalecimiento de los Poderes Ejecutivos con capacidad de transnacionalizar la acumulación global del capitalismo, prescindiendo de los “pesados trámites” parlamentarios y la participación social, en base a entramados de normas supranacionales, acuerdos comerciales y reglas ad-hoc (Fiallo), mientras las personas son lanzadas a la guerra de sobrevivencia y se sostiene un discurso “bien pensante” sin los pueblos, han sido la sensación de desamparo, la inestabilidad y la precariedad permanentes.

El hecho de que, al contrario de lo que pasa en la relación de los agentes del poder estatal con las cúpulas, “en relación con la sociedad civil, con los lugares de los pobres y capas medias, la relación es vertical, discursiva, sustitutiva, neutralizadora y desarticulada” (Fiallo, 2020), fortalece el declive del compromiso democrático, porque con toda lógica dan motivos para pensar que la mentada democracia es un fraude, y que la “mano dura,” y protección de un “benefactor,” *páter familia*, adquiere plena vigencia. En virtud de ello, en muchos países se vive un momento populista, respuesta en lo político a un problema nodal irresuelto, y

En su centro, la globalización capitalista (...); la erosión planificada del Estado nación y la desnaturalización de la soberanía popular percibida por las poblaciones como pér-

dida de una democracia efectiva, de derechos y libertades reales, impotencia de una ciudadanía sin poder. Solos, débiles y sin futuro. La creación consciente del miedo, es decir, de individuos aislados, sin derechos y vínculos genera inevitablemente demandas de protección, seguridad, justicia y orden en las sociedades” (Monereo).

Por su parte Mario Tronti (citado por Anguita y Monereo) señala:

Lo culturalmente correcto y su primo, lo políticamente correcto, han realizado juntos un desarme unilateral de las ideas antagonistas que han asegurado lo que se ha llamado con razón y no por casualidad, el orden constituido, el estado actual de las cosas.

Como profecía autocumplida, el progresismo sin sustancia ha ido gestando a su mejor cómplice para hacerse necesario: el fundamentalismo de derechas, religioso y retrógrado.

Que Trump o Bolsonaro aparezcan como valientes rebeldes, como “incorrectos,” en similitud al nazismo y el fascismo del siglo XX europeo, y luego ganaran elecciones, retrata esta amarga consecuencia de las democracias fosilizadas (así llamadas por Álvaro García Linera a las que contraponen las “democracias plebeyas”). Y también se convierten -no obstante, sus perniciosas consecuencias para el presente y lo inmediato- en el chantaje perfecto de retornar y sostener un *status quo* sin antagonismos de fondo al proyecto histórico de los grandes vencedores.

Pero la añorada “aquiescencia” y “gobernabilidad” no es posible de apretar entre las manos; el conflicto de clases, entre oprimidos y opresores, dominados y dominadores no cesa; aunque no aparezca aún la “clase” o los “sujetos” “para sí,” que disputen “con voluntad de gobierno y de poder en una perspectiva de ruptura con el capitalismo,” como dicen Anguita y Monereo.

Por ejemplo, todo comenzó a estallar -aunque el estallido no genere una crisis histórica- cuando en Chile unos jóvenes escolares empezaron a movilizarse a mediados de 2006. Luego vinieron las marchas estudiantiles de 2011 y 2012 contra la privatización de la educación y el endeudamiento de las familias. Posteriormente la irrupción electoral de nuevos actores y propuestas. En 2016 las grandes movilizaciones contra la privatización de las pensiones, y en 2018 la toma feminista de las universidades.

Comenzó a estallar, hemos dicho, pues será lento el rescabramiento de un modelo instaurado en el miedo, luego en el chantaje, y la ilusión de una “chilean way” al desarrollo (¡desarrollo en un país que se despoja de sus principales riquezas como materias primas baratas para las grandes transnacionales!), como núcleo de la hegemonía cultural del neoliberalismo. Chile, en gran medida, se había mantenido ausente de la ola antineoliberal y nacional-popular que recorrió y sacudió América Latina desde 1998, y hoy aparece recobrando bríos en México, Argentina y, a su modo, en Puerto Rico.

Pero, insistimos, el resquebrajamiento ha empezado, y las velas se encendían en la noche del 11 de septiembre de 2019 en el Estadio Nacional (recinto que fue convertido en campo de concentración), en los sitios donde Víctor Jara fue atrapado y posteriormente mutilado y asesinado; en múltiples puntos del país sudamericano.

La sociedad norteamericana, por su lado, se remece en fenómenos como el asesinato de

George Floyd y las protestas multitudinarias que se convierten en mundiales; la irrupción política de Bernie Sanders y Alexandra Ocasio-Cortez; las movilizaciones contra las invasiones y contra la negación del cambio climático. Empiezan a plantearse reivindicaciones socialdemócratas progresistas que en 2001 parecían impensables. El presente salda cuentas con el pasado y propone futuros hipotéticos.

En 2019, apenas un mes más tarde de aquellas velas de septiembre, iniciaría en Chile lo que ya se conoce como el Estallido Social, bajo la consigna que se no se trataba de un aumento de los pasajes del metro: “No son treinta pesos, son treinta años.” Se referían a los treinta años desde 1989, cuando se anunció con bombos y platillos “la alegría ya viene” y que llegaba la democracia. Aquel Estallido Social ha abierto las puertas a un Proceso Constituyente sencillamente impensable, clausurado, impedido con candados durante décadas. Y todo cambió de pronto. “Sigán sabiendo que más temprano que tarde de nuevo abrirán las grandes alamedas . . .” dijo el presidente Salvador Allende en su último discurso al pueblo de Chile.

FRONTERAS DE LUZ Y LA PEDAGOGÍA DE LA MEMORIA

Mientras, en “un país en el mundo,” la República Dominicana, “ubicado en el mismo trayecto del sol,” como dijo el poeta nacional Pedro Mir ¿qué pasa con el pasado? ¿A qué presente se enfrenta y con qué mirada del futuro?

El Premio Nobel de Literatura chileno, Pablo Neruda, dijo en su “Versainograma de Santo Domingo” en 1966:

Aunque hace siglos de esta historia amarga
por amarga y por vieja se la cuento
porque las cosas no se aclaran nunca
con el olvido ni con el silencio.

Por su parte, el reconocido narrador y pensador uruguayo, Eduardo Galeano, en su obra “Patatas arriba. La escuela del mundo al revés” planteó la siguiente reflexión:

“¿La historia se repite? ¿O se repite sólo como penitencia de quienes son incapaces de escucharla? No hay historia muda. Por mucho que la quemén, por mucho que la rompan, por mucho que la mientan, la memoria humana se niega a callarse la boca. El tiempo que fue sigue latiendo, vivo, dentro del tiempo que es, aunque el tiempo que es no lo quiera o no lo sepa” (Galeano).

En una sociedad profundamente atravesada por la impunidad; donde los ideales de democracia, igualdad y libertad han sido llevados a su versión más reducida y administrada; donde la desmemoria es cultivada y construida, generalmente en beneficio de que causantes de brutales crímenes nunca sean sometidos al examen de la justicia y del pensamiento libre y crítico, y el orden social instaurado nunca sea cuestionado, ni se deje de ver como invariable . . . en ese contexto ejercer la memoria es vital como acto reconstructivo y regenerativo.

La sociedad dominicana (y en general las latinoamericanas, esclavizadas, colonizadas, patriarcales, racializadas, sometidas y oprimidas) está hondamente marcada por las ideas, ideologías y marcos morales que en cada momento justificaron el atropello, el abuso, los vejámenes, la explotación sin límites, la privación y negación de derechos y el sometimiento al poder, y la aceptación de mínimos, bajo la denominación que se use en cada ocasión y la “razón” que se invoque a conveniencia. Y esto nunca es unilateral: el orden de dominación y opresión construye hegemonía y consensos; produce apropiación e internalización de sus valores por parte de los oprimidos y dominados.

Reencontrarse con la memoria tiene que significar reconocerse, y verse como un ser que se produce históricamente, que se constituye en el proceso de su vivir y su experiencia, encontrando los hechos y fuerzas que han condicionado ese proceso, y esto es central en un esfuerzo emancipatorio. Como dice Fiallo:

Memoria e imaginación se articulan para potenciar posibilidades de iniciativas y creaciones, de manera tal que el aprendizaje tenga unas dimensiones integrales (para la vida) y sea constructor de la condición de ser humano (oficio de hombre) y no en una pretendida vocación unilateral de las exigencias del desarrollo capitalista de las élites en su competitividad destructora.

(...) El aprendizaje para la vida implica el construir sujetos y *superar la condición de alienado, subordinado, instrumento de la mayoría popular*, lo que implica protagonismo, es decir, condición de ciudadanía en un nuevo territorio.

Ello nos obliga a reflexionar críticamente sobre las prácticas actuales y articular adecuadamente momentos y recursos, de manera tal que seamos efectivos a partir de pensar cómo hacemos nuestra práctica educativa cotidiana.

Así que hacer memoria es ajustar cuentas con el trujillismo no superado y sus crímenes contra la Humanidad; es poner en cuestión la cultura y las relaciones políticas en contra el propio pueblo dominicano, para subyugarlo y doblegarlo; es recuperar la historia de luchas por la libertad, dignidad e igualdad; y el verdadero sentido de la transformación democrática que el pueblo dominicano ha buscado afanosamente, muchas veces en medio de confusiones y falsas ilusiones.

La nación dominicana necesita salir de la negación o de la deformación de la Historia construida para alienarla, es decir, para que actúe contra su identidad, sus intereses y necesidades. Necesita salir de la aceptación o validación de los mitos tiránicos, de sus silencios y acuerdos impuestos. Necesita reconocerse, reconciliarse consigo mismo y reconstituir su ética de vida.

Para ello, es preciso apoyarse en las tres columnas de la reconciliación: memoria, verdad y justicia histórica, que contribuyan a zanjar las heridas abiertas, a superar culturalmente esas marcas e impedir que se sigan replicando hechos de similar brutalidad, en cualquier modalidad que se presente. No se trata en todo caso de la tosca y manipulada visión de la “verdad” que se usó en la “justicia transicional” en muchos países latinoamericanos. El “nunca más” no es un mero repudio a actos del pasado, desconectado de una comprensión histórica de por qué ocurrieron y de que el horizonte no es solo la no repetición, sino

la emancipación de las opresiones que unas veces usan la fuerza brutal y otras veces la tergiversación de la democracia.

“Un pueblo sin pasado es un pueblo sin futuro” se ha dicho, y no es mandato nostálgico. Es parte clave de aquello de ser “en sí” o “para sí”: de saber quién se ha sido, qué ha tenido que enfrentar, cómo se ha llegado hasta aquí, y cuáles serían las rutas de una transformación de la vida.

Genocidio, coloniaje improductivo, ocupación extranjera y capitalismo despótico, transnacionalización, rentismo y corrupción, han sido las formas principales de la producción y reproducción social dominicana, en un entramado ideológico de difuminación de los sujetos subalternos y creación de enemigos internos y externos que, además, le arrebatan al propio oprimido dominicano y dominicana su condición de colectividad empobrecida, negra, discriminada, migrante, negada y sometida.

La política de las últimas décadas se caracteriza por una notoria ausencia de sujetos productores de reivindicaciones, sentido y proyectos populares (trabajadores, habitantes de barrios y campos, mujeres, marginados, campesinos) y una valoración sobredimensionada—otra vez—de caudillos, productos mercadológicos y ofertones electoreros.

Alguien podría pensar que el pasado es un tema que preocupa a los derrotados. Los vencedores no tienen pasado, su asunto es el presente, el futuro y la victoria; no gastan tiempo en hurgar en las victorias morales sobre lo que ocurrió o pudo ocurrir.

Parcial verdad. Si la política se hace mirando hacia el pasado, tratando de ganar las batallas sobre la memoria y lo sucedido, asume un papel eminentemente testimonial. Pero si la política se hace sin memoria, si la acción sobre el presente y el futuro carece de ella, se vuelve no sólo estúpida e ingenua, sino también capaz de traicionarse permanentemente, revisionista, se torna oportunista, presa fácil de la demagogia, las “lisonjas fugaces” de las que habló Víctor Jara y la instrumentalización.

Si la vida y la política se hacen sin memoria, pierden su ubicación histórica: sin saber qué se es, qué se ha sido, qué ha logrado, qué se le ha opuesto y cuáles han sido sus antagonistas, los sujetos son esclavos del presentismo. Son aquella “sangre nueva” sin representar nada propio ni nuevo, salvo para el marketing y la comercialización de los relatos. Líquido sin sustancia que se va por cualquier poro, haciendo hemorragia, o contaminando con parásitos o células malignas todo órgano vital.

La República Dominicana adolece de falta de memoria, de una organización intencional y deliberada de la desmemoria. Memoria golpeada, destruida, desmontada, perturbada, confundida, distorsionada. La memoria enfermada como aspecto clave y estratégico de una identidad enajenada, de sujetos neutralizados para no ser “para sí,” *zombificación* histórica, escopolamina en grandes dosis para anular la voluntad propia, y bajo una ficción de libertad personal y de emprendimiento propio; vivir negándose bajo la voluntad de unas minorías voraces.

El gobierno celebrando que la población dominicana es mayoritariamente “de clases medias” y con meras estimaciones de aumento del consumo de “kilocalorías” festejándolo como disminución de la subalimentación, en pleno siglo XXI, y como si ello significara disminución del hambre, mejor nutrición y salud.

Mientras tanto, el haitiano inmigrante funciona como “invasor,” “pérdida del territorio,”

y de “la identidad,” causante de los déficits de puestos de trabajo, de salarios decentes y de servicios dignos de salud y educación. Las haitianas como “portadoras” de la “invasión” en tanto la tasa de mortalidad materno-infantil es escalofriantemente alta, entre las peores de América Latina. Asimismo, rendimientos escolares bajísimos y salarios miserables que, junto a impuestos injustos, hacen que los trabajadores y trabajadoras sólo participen de un 30% de la riqueza producida a través de sus ingresos, y casi la mitad de la población viva bajo la línea de pobreza laboral. Pero el “enemigo” creado durante más de un siglo permite explicarlo todo.

Alguien ha dicho que sólo hay problemas con los antecedentes de invasión cuando el sujeto en cuestión es haitiano. El español y el norteamericano, que ocuparon repetidas veces el país, son amigos y sus fiestas nacionales se celebran hasta con ofertones de tiendas. El haitiano que estuvo en el este durante 22 años en que no existía aún un Estado dominicano, es congénitamente un enemigo que extirpar y detener con una muralla. Racismo en su acepción más estricta: una población es enemiga sólo por el hecho de existir . . . salvo para construir los grandes edificios de la burbuja inmobiliaria y trabajar la tierra, traficados y explotados por empresarios y funcionarios públicos que nadie persigue, acusa ni sanciona.

De igual modo, el derecho de los seres humanos a vivir en relaciones de igualdad—con el apoyo de la categoría teórica género—es visto como “amenaza” a la familia y a la niñez. La violencia de género y el machismo haciendo estragos, destruyendo vida de hombres, mujeres y niños. Los negros y los pobres como “peligro” para la buena sociedad. La “gente sin clase” como algo a mantener a distancia. La admiración al inglés, a lo hispanófilo y lo estadounidense. La semi-esclavitud en una serie de ocupaciones como el cuidado del hogar, la vigilancia y limpieza, son realidades normalizadas.

En definitiva, la enajenación de quién se es como pueblo, como individuos y como conglomerado histórico, en términos de género, etnia, clase, posición geopolítica y geoeconómica, naturalizando la vida infrahumana de las mayorías, la colonización de la vida, la opresión de la mayor parte de la dominicanidad, e incapacitando la comprensión de las causas reales y del enfoque del dominador.

Es ahí donde las velas se tienen que encender. Y Fronteras de Luz juega un papel pedagógico, constructor de memoria, reconstructor de identidad, de sentido, liberador y descolonizador. Fronteras de Luz como posibilidad de encontrarse entre hombres y mujeres que no reconocen al haitiano como enemigo, y además disputan la elaboración ideológica de la razón de ser de la dominicanidad y su relación con los demás, su relación consigo mismos y mismas, como las causas de la vida deshumanizante no sólo de los inmigrantes sino de la mayoría nacional.

Fronteras de Luz como experiencia concreta de toda labor de reencauzamiento histórico: sacar en la oscuridad de la domesticación, y de la normalización de una identidad violenta, desigual y deshumanizada, la nobleza profunda que habita en los hombres y mujeres, su capacidad de reencontrarse con el otro y, en ese espejo, reencontrarse consigo mismo. Recuperar las resistencias que—no ajenas a contradicciones e incluso disociaciones—habitan en la vida social, en el territorio “de abajo,” y darles dignidad histórica, categoría cultural, poder transformador, potencial político.

Personalmente, conocí Fronteras de Luz en 2017, a 80 años de la masacre de 1937—que

en realidad se prolongó hasta 1938—y así como mi madre y mi hermana en Chile hicieron muchas veces con mi sobrina, llevándola a participar en el encendido de velas cada 11 de septiembre, en los cacerolazos de las protestas estudiantiles, en las conversaciones en la mesa donde fuera y cuando fuera que se tratara la dignidad fundamental de todo ser humana, así hice yo con mi hijo y con mi hija, llevándolos aquella noche en Dajabón, donde recorrimos con velas el pueblo hasta el borde del río Masacre.

Mis hijos, con velas en las manos, vieron por sí mismos la reja coronada por alambres de púas; vieron la materialidad de la deshumanización y de la cultura de la opresión, de la división, “del punto y raya para que tu hambre no se junte con mi hambre” que dicen Aníbal Nazoa y Juan Carlos Núñez; la reificación del espacio del Estado-nación como territorio de control y superioridad falaz, burlada mil veces por los mismos que ordenan y pagan esas rejas.

Pero también vieron que tras esa reja había árboles, los mismos flamboyanes y matas de un lado y de otro. La misma tierra que moja el mismo río. Y el manantial de seres humanos que del otro lado llegaban a la otra orilla, con sus velas encendidas, y cómo entre un lado y otro del mundo, separado por una reja, empezaban a hablar las personas. Cada grupo en sus idiomas, y en un solo idioma que supera las particularidades de las lenguas. El tono de la bondad, el candil de la ternura, la sed de verse, escucharse y tocarse.

Todo lo opuesto a lo que la escuela -como bien explicara en su tiempo Franklin Franco- enseña: el racismo pedagógicamente organizado y al mismo tiempo ¡negado!, teniendo como primer blanco la enajenación de los niños y las niñas de la República Dominicana, que aprenden a que son “mezcla,” “indios” o “morenos,” combinación de españoles (que nos legaron “el idioma y la cultura”), africanos y taínos, como un licuado de frutas, donde lo noble, inteligente y productivo es aportado por el conquistador.

El acto, el hecho, aquella noche de velas, confrontaba a la ideología, y ayudaba a construir sentido nuevo.

La tarea es fundamental porque al populismo derechista hay que oponer la memoria, de nuevo, interpelada a hablar con el hoy y el mañana, como praxis, invitada obligada a la conversación. Oponer, como dicen Anguita y Monereo:

(...) bloques históricos sociales que construyen pueblo, patria y soberanía. El internacionalismo solo será real si se opone a los nacionalismos excluyentes, a la globalización y defiende unas clases trabajadoras que convergen en una humanidad radicalmente diversa.

Cuesta creer que defender estas cosas pueda ser entendido como una provocación. Hay nostalgia, sin duda. La nostalgia de un siglo XX que puso contra la espada y la pared al capitalismo imperialista. Esta herencia de éxitos y fracasos es la nuestra y, sin ella, nunca edificaremos un futuro de liberación social y nacional...

En la República Dominicana hay una trayectoria gloriosa de luchas. Hay una lucha cotidiana también, la de sobrevivir a tantos atropellos concatenados. Hay una brecha, una grieta en la muralla del desencanto, la resignación y la ideología de la derrota convertida en pequeñas ambiciones individuales alrededor del mundo, donde se nos invita a enfrentar

una pandemia con mascarillas, alcohol y “distancia social,” como si nada más condicionara la salud, la enfermedad y la posibilidad de vivir.

La memoria, como dice Galeano, vive: “El tiempo que fue sigue latiendo, vivo, dentro del tiempo que es, aunque el tiempo que es no lo quiera o no lo sepa.”

En pleno septiembre de 2019 en Santo Domingo, un número no pequeño de personas llegó frente al edificio que aloja a la Suprema Corte de Justicia y la Procuraduría General de la República. Decenas de dominicanos y dominicanas se reunieron allí indignados por el feminicidio que se llevó a la joven profesional Anibel González, mientras su expareja se suicidó luego de matarla, y las tres hijas de ambos quedaron huérfanas.

La rabia sacudía y sacude aún porque se ha develado todo un entramado de privilegios y contubernios en los que hombres formados en el machismo enfermo y violento, maltratadores y feminicidas, logran burlar la impartición elemental de la justicia con prebendas, sobornos, amistades e influencias. Una muestra en microscopio del orden institucional dominicano, con el resultado de una muerte ofensiva, cruel, de una tragedia que marcará la vida de tres criaturas, en la más absoluta impunidad, con el Estado como cómplice del crimen.

Mientras, una élite pequeña de oscuros personajes ha impedido que se pongan en marcha—con formalidad, sistematicidad e institucionalidad—políticas de educación y de prevención sobre la desigualdad y la violencia de género, así como impiden políticas migratorias racionales y razonables, y obstaculizan cualquier avance en materia de derechos humanos y sociales que reviertan la “naturalidad” de su poder y sus influencias en nombre de “preservar la nación y la familia.”

En ese encendido de velas participaron varios niños y niñas. Entre ellos, de nuevo, mis hijos e hijas. Y vieron de frente la foto de Anibel, y supieron del edificio que, debiendo administrar justicia, gestiona la violación de derechos y de leyes, administra favores y componendas, y supieron que existe complicidad e impunidad permitiendo que opresiones diversas sigan maltratando la vida de esta sociedad.

Al hacerlo, al estar encendiendo las velas ante la foto de Anibel, como en la frontera, estaban haciendo ejercicio de la memoria, no testimonialismo. Estaban resignificando la vida social con lo que muchos y muchas han querido, entregando sus fuerzas, sus años y energías para que sea distinto a lo que existe. Estaban además construyendo memoria para sí mismos, para sí mismas, para quienes le rodean; experiencias concretas a compartir desde otra perspectiva de la existencia y de la convivencia.

Poco después, les tocó ver la Plaza de la Bandera, aquel monumento faraónico construido por el gobierno de Balaguer, (personaje que décadas después fue designado “padre de la democracia”), llena de después designado “padre de la democracia,” llena de jóvenes, especialmente de los barrios populares, reclamando el fin de los fraudes electorales, de la impunidad, de la democracia burlada y exigiendo derechos, también con velas y cacerolas, banderas y pancartas. Exigiendo desde esa plaza todo lo distinto a lo que Balaguer y sus cómplices y continuadores han edificado.

Frente a la masacre de 1937, al golpe de Estado en la República Dominicana y Chile, al terrorismo de agrupaciones fundamentalistas y de Estados, a las guerras de saqueo y

desposesión, al cercenamiento de derechos, a la ausencia de democracia y la abundancia de privilegios, no nos debe bastar el “nunca más.” Tampoco con reparaciones y cambios simbólicos. Eso es demasiado poco, demasiado domesticable y administrable; demasiado inofensivo.

La derecha populista hasta habla contra el neoliberalismo, pero en clave represiva y opresiva: se trata de recuperar el poder estatal sobre las personas y los territorios, no de sujetos y dignidad. Como dice Tronti (en Monereo): “No me preocupa la democracia iliberal. Para combatir el autoritarismo existen muchas personas con buen sentido. Me parece más peligrosa esta democracia liberal totalizadora, impolítica y antipolítica que encuentra cada vez más personas que la asumen.”

Por encima del “nunca más,” ya de por sí esencial y elemental, nos parece necesario concientizar, organizar, movilizar y educarnos, en la recuperación del proyecto histórico pendiente, que con ejercicio de memoria tendrá que hacer el ejercicio de presente y de futuro.

Una gran disputa por la hegemonía. Construir el proyecto histórico que en el siglo XXI y los venideros, para nuestros hijos, hijas, en su más amplia y extendida acepción, dispute el sentido de la vida y la convivencia, seduzca con nuevos horizontes, recupere la dignidad y los derechos, construya una ética y una vida libres de opresión, dominación y explotación, y la enajenación vinculada a estas. El proyecto inconcluso de “Sed justos lo primero, si queréis ser felices” de Juan Pablo Duarte, de los hombres y mujeres que han luchado, del ejemplo luminoso de 1965.

Atrevemos, en esa dirección, a hacer como señala Paulo Freire: denunciar el mundo injusto en que vivimos, y anunciar en una esperanza realizable el mundo que vamos a construir:

(. . .) las mujeres y los hombres interfieren en el mundo mientras que otros animales sólo se *mezclan* en él. Por eso, casi no tenemos historia, sino que hacemos la historia que, igualmente, nos hace y nos convierte, por tanto, en históricos.

(. . .) Con la metodización de la curiosidad, la lectura del mundo puede incitar a trascender la pura *conjetura* para alcanzar el *proyecto de mundo*. (. . .) El proyecto es la conjetura que se define con claridad, es el sueño posible que ha de canalizarse mediante la acción política (Freire).

Reinstituir un patriotismo, humanista pleno y amplio, como lo pensó Martí; Estados como territorios democráticos para las mayorías y los pueblos; los derechos humanos entrelazados con los derechos de la Humanidad, como los planteó Fidel Castro en la ONU (Castro). Una sociedad no racista, no colonialista, no capitalista y no patriarcal, como han pensado Angela Davis y Rosa Luxemburgo, para no tener al ogro autoritario y criminal chantajeando el voto útil, sino que lo supere históricamente, construyendo una sociedad de igualdad y justicia. Nunca más atrocidades. Siempre, de nuevo, abrir las grandes alamedas por donde pasemos juntas y juntos para construir la liberación y la emancipación humana y del mundo del cual somos consciencia viva y actuante.

Notas

1. Este texto ha sido escrito primero en septiembre de 2019 y terminado en julio de 2020, en Santo Domingo, República Dominicana, atendiendo a la invitación y exhortación de Edward Paulino, co-coordinador del libro. Nos hemos limitado a indicar algunas referencias bibliográficas, apelando a la comprensión de los lectores de que otras referencias están ausentes, pero al menos se dan los nombres y temas, cuya pista se puede seguir y encontrar en internet, como en otros formatos y soportes.

2. La cita tiene como fuente una edición a cargo de José Miguel Martínez Torrejón, que mantuvo y modernizó la redacción en el castellano de la época, considerando ediciones del siglo XVI y XVII. En la nota a la edición en la fuente citada, Martínez Torrejón explica con detalles su labor al respecto.

Obras citadas

- Anguita, Julio. Entrevista con Daniel Ramírez. *El Español*, “Quiero una Tercera República transversal, ni de derechas ni de izquierdas,” 30 sept. 2018, https://www.elespanol.com/opinion/20180930/julio-anguita-cataluna-presos-politicos-venezuela-comunes/341467142_0.html
- Anguita, Julio y Manolo Monereo. “Un mundo grande y terrible.” *Cuatro Poder*, 2019, <https://www.cuartopoder.es/ideas/2019/08/19/un-mundo-grande-y-terrible/>
- Castro, Fidel. “Discurso pronunciado ante el XXXIV Periodo de Sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas.” Consejo de Estado, 1979, <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1979/esp/f121079e.html>
- de las Casas, Bartolomé. *Brevisima relación de la destrucción de las Indias*. Editado por José Miguel Martínez Torrejón, Editorial Universidad de Antioquia, 2011, <http://www.cervantesvirtual.com/descargaPdf/brevisima-relacion-de-ladestruccion-de-las-indias/>
- Fiallo Billini, José Antinoe. *Pensamientos sociales y procesos sociohistóricos: Tomo I*, Archivo General de la Nación, vol. CCCLXI, Editora Búho, 2020, <http://coleccion.es.agn.gob.do/opac/ficha.php?informatico=00108436PI&codopc=OUDIG&idpag=1491463183&presenta=digitaly2p>
- Franco Pichardo, Franklin. *Sobre racismo y antihaitianismo (y otros ensayos)*. Mediabyte, Segunda Edición, 2003.
- Freire, Pablo. *Pedagogía de la indignación*. Ediciones Morata, 2001.
- Galeano, Eduardo. *Patatas arriba. La escuela del mundo al revés*, 2009, https://resistir.info/livros/galeano_patatas_arriba.pdf
- García Linera, Álvaro. “Diálogos por la emancipación (en 4 partes).” Televisión Pública de Argentina, 2015, <https://www.youtube.com/watch?v=w2WhUe6pA-k>
- Henríquez y Carvajal, Francisco. “Informe de Francisco Henríquez y Carvajal sobre las causas de la inmigración haitiana, 1931.” *República Dominicana y Haití: el derecho a vivir*, Fundación Juan Bosch, 2014.
- Marte, Germán. “Lionel Vieux, otro haitiano que luchó por soberanía dominicana,” *ElDía*, 25 jul. 2015, <https://eldia.com.do/lionel-vieux-otro-haitiano-que-lucho-por-soberania-dominicana/>
- McPherson, Alan L. *The invaded: how Latin Americans and their allies fought and ended U.S. occupations*. Oxford UP, 2014.
- Mir, Pedro (1983). *La noción de período en la historia dominicana. Tomo II*. Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1983, https://www.issuu.com/aquilesjulian/docs/pedro_mir_-_la_nocion_de_perodo_26ccb0afcf32ee/139
- Monereo, Manolo. “¡Que se vayan todos! El retorno del “momento populista” que nunca se fue.” *Cuatro Poder*, 2019, <https://www.cuartopoder.es/ideas/2019/07/29/manolo-monereo-que-se-vayan-todos-el-retorno-momento-populista-que-nunca-fue/>
- Moya Pons, Frank. “La diáspora ennegrece al dominicano’ o ‘Antihaitianismo Histórico, Antihaitianismo

- de Estado': El Futuro de las Relaciones Domínico-Haitianas." *Vetas*, núm. 8, 1996, <http://vetasdigital.blogspot.com/2006/07/frank-moya-pons-la-dispora-ennegrece.html>
- Nazoa, Aníbal y Juan Carlos Núñez. "Punto y raya," *CNT*, núm. 286, 2003, http://archivo-periodico.cnt.es/286ene2003/cultura/cultura_archivos/ocioc01.htm
- Neruda, Pablo. "Versainograma a Santo Domingo." Ediciones Cielonaranja, 1966, <http://www.cielonaranja.com/neruda2.htm>
- Paraison, Edwin (2018). "Luperón y la Confederación Dominico Haitiana," *Acento*, 2018, 17 ago. 2019, <https://acento.com.do/opinion/luperon-la-confederacion-dominico-haitiana-8597562.html>
- "Préval valora ayuda recibida de República Dominicana," *Diario Libre*, 18 enero 2010, <https://www.dia-riolibre.com/actualidad/prval-valora-ayuda-recibida-de-repblica-dominicana-LJDL231129>
- Price-Mars, Jean. *La República de Haití y la República Dominicana: Diversos aspectos de un problema histórico, geográfico y etnológico*. 1953, Industrias Gráficas, traducido por Martín Aldao y José Luis Muñoz, 1958.